

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración, calle Badena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 » Extranjero » . . . 1'50

Paso á la bandera roja

La bandera roja, la bandera de las reivindicaciones sociales, ondea hoy triunfante por los ámbitos del viejo y nuevo continente; el emblema libertador, agitado por compañeros entusiastas y abogados, recorre sin descanso lo mismo las feraces e inaccesibles tierras mejicanas, que las populosas poblaciones inglesas.

Un hábito vivificante de rebeldía emancipadora comueve los cimientos de la vetusta sociedad capitalista, haciendo temblar con su acción revolucionaria el viejo castillo de los privilegios actuales, más denigrantes y absorbentes mientras más cercano se halla el día reivindicador de la injusticia social hoy existente.

Los antiguos legalismos han fracasado; el mero cruce de brazos para alcanzar unos céntimos más en el ya mezquino jornal ó bien para lograr una irrisoria disminución de minutos en la jornada diaria, ha pasado á la historia; los sesudos obreros ingleses han hecho este día el entierro de tal método con todos los honores requirientes al caso.

Los actuales esclavos sajones del taller, de la fábrica y del campo, percatados grandemente por muchos años de inanición y borreguismo que dentro de la legalidad no se va á ninguna parte, en un bello gesto de rebeldía han abandonado los telares, las minas, las manufacturas, los aperos de labranza, lanzándose á la huelga revolucionaria y poniendo en jaque con su actitud resuelta á los detentadores de la riqueza comunal, á los que viven y medran á costa del sudor proletario. La satisfacción faz capitalista ha palidecido de miedo é impotencia ante la resuelta actitud de nuestros compañeros ingleses, pues ha visto en el actual movimiento un preludio de lo que será la revolución social, un algo de un día que se acerca á paso de gigante, y tiembla temerosa, pues ve sus privilegios derruidos, sus regalías anudadas.

Este pavor, esta cobardía de las clases burguesas, ha repercutido en otras esferas; los influyentes de las Trades Unions, los

jefes de los partidos obreros, los diputados del Labour Party, en una palabra, toda esa legión de burócratas del obrerismo inglés, cuya única misión ha consistido durante años y años en castrar energías y hacer abortar movimientos revolucionarios, ha sentido igual ó parecido miedo que la clase burguesa: creyeron en su osadía que al pueblo se le retiene con promesas de leyes sociales, que al obrero se le domeña con halagos de concesiones parlamentarias, con palabras de revoluciones que nunca llegan... y, se equivocaron; se equivocaron de medio á medio, pues todo camino que no es el recto, conduce fatalmente al fracaso, al desprestigio y á la muerte.

Así, su sorpresa ante tan magna huelga ha sido inmensa; su decepción, inconmensurable; conviviendo perpetuamente con el asalariado, no supieron estudiar su psicología, ó mejor dicho, trataron de desviarla en provecho de la clase privilegiada y en perjuicio de los que en elecciones les daban sus votos, y ahora se asombran del paso adelante dado por los que ellos creyeron en su ceguera y en su soberbia desmedida, perpetuos sometidos.

He aquí que toma cuerpo y es puesta en práctica la manida y vulgar frase «han caído dos pájaros de un tiro», pues los obreros ingleses, al realizar la huelga general, han asestado un duro golpe al capitalismo y otro aun más fuerte á los partidarios de la evolución y el quietismo.

De la actitud de los compañeros huelguistas, de su actuación en la lucha social hoy existente, se desprenden un sin fin de enseñanzas difícil de condensar en este momento, pues á la hora de escribir estas líneas aun la huelga continúa, pero sí podemos adelantar sin temor á equivocaciones ó rectificaciones, que de esta hecha el burocratismo obrero ha muerto; los medios de persuasión han terminado.

Paso, pues, á la revolución, que es la que ha de conducirnos á la consecución del ideal sentido y anhelado por todos: á la Anarquía.

LA LEY

Cuando la ignorancia existe en el seno de la sociedad, y el desorden reina en los espíritus, las leyes surgen numerosas. Los hombres lo esperan todo de la legislación, y así como cada ley produce un desengaño, están á pesar de ello inducidos á pedir á la misma lo que podría resultar de su ejecución y de sus mismas costumbres.

No es un revolucionario quien afirmó esto, y menos un reformista. Es un jurista, el Dalloz, el autor de la recopilación de las leyes francesas, conocido bajo el nombre de «Repertorio de la legislación».

Sin embargo, estas palabras escritas por un hombre que era un admirador de las leyes, demuestran perfectamente el estado anormal de nuestra sociedad.

En el Estado actual, una nueva ley es considerada como un remedio para todos los males. En vez de reparar por nosotros mismos el mal, se empieza por pedir una ley que inspire miedo.

¿El camino entre dos pueblos es impracticable? El campesino pide una ley sobre los caminos. ¿El guardia campestre ha faltado á alguien, aprovechándose de su autoridad? El insultado dirá que es necesario una ley que ordene á los guardias á tener mejor educación.

¿El comercio y la industria languidecen? Es necesario una ley protectora de la industria y el comercio. Así razona el cultivador, el tratante de ganado, el negociante de trigo, y hasta el vendedor de trapos viejos pide una ley que proteja su pequeño comercio.

¿El burgués aumenta la jornada de trabajo y rebaja el salario? ¿Queremos una ley que ponga remedio á esto?, exclama el diputado, en vez de decir al operario que hay otros medios más eficaces de poner remedio á esto, y de reprochar al burgués, que ha robado á generaciones enteras de obreros.

En resumen, una ley para cada cosa: una ley sobre los caminos, una ley sobre la moda, una ley sobre la virtud, una ley para oponerse á todos los vicios y todos los males, que sólo derivan de la misma vileza de los hombres.

Estamos totalmente pervertidos por una educación que desde la infancia trata de matar en nosotros el espíritu de independencia y de promover el de la sujeción. Estamos totalmente pervertidos por esta vida transcurrida bajo la esfera de las leyes que todo lo regulan: nuestro nacimiento, nuestra educación, nuestros amores, nuestras amistades, y hasta el fin que de continuar así, perderemos toda iniciativa propia, y hasta la facultad de razonar con nuestra propia cabeza.

Parece que nuestra sociedad haya perdi-

do la conciencia, y que no se pueda vivir de otra manera que bajo el régimen de las leyes, elaboradas por un gobierno representativo y aplicadas por los puños de los gobernantes, y cuando por casualidad los hombres llegan á emanciparse del yugo de alguna ley, el primer pensamiento consiste siempre en elaborar otra que sustituya á la antigua.

De haberse proclamado ya el «Año I de la Libertad», no hubiera durado más de un día, porque los hombres se hubiesen ya humillado bajo el yugo de la Ley y de la Autoridad.

Hace millares de años que todos los gobiernos repiten en todos los tonos (respeto á la ley, obediencia á la autoridad! En este sentimiento educan los padres á sus hijos; la escuela lo fortifica tratando de demostrarlo á los niños por medio de retazos de ciencia burdamente arreglada, haciendo un culto de la obediencia á las leyes, uniéndolo al Dios y la ley de los señores en una sola é idéntica divinidad.

Más tarde, cuando el niño entra en la vida pública, la sociedad y la literatura con la obra de cada día y de cada instante, como la gota de agua que socava la piedra, continúa inculcándole el mismo prejuicio. El libro de historia, de ciencia política, económica y social incitan también al respecto á las leyes.

El grabado sirve también con el mismo objeto; en efecto, no hay artículo en los periódicos que no propague la obediencia á la ley, mientras en tercera página demuestra cada día como la tiran en el fango los encargados de aplicarla. En suma, la obediencia á la ley es falta de virtud, y yo doy que haya un revolucionario que no haya empezado su juventud defendiéndola de los continuos abusos que son su inevitable consecuencia.

Se levantan altares á la ley, se consagran grandes sacerdotas que los mismos revolucionarios no se atreven á tocar, y si la revolución viene á derrocar una vieja institución, es siempre con una ley como trata de afirmar su obra.

Esta especie de regla de conducta, de la cual resultó primero la esclavitud, la servidumbre, y, finalmente, el feudalismo y la legalidad llamada hoy ley, ha sustituido á aquellos ídolos de piedra á cuyos pies se inmolaban las víctimas humanas y que el esclavo de entonces no osaba tocar por temor de ser objeto de los furios del cielo.

Este culto fué establecido después del triunfo de la burguesía, cuando la Revolución francesa. Bajo el antiguo régimen pocos hablaban de leyes, excepto Montesquieu, Rousseau, Voltaire, para oponerse á la tiranía del rey y de los nobles, porque entonces era necesario obedecer á todos

ellos bajo pena de ser encarcelado. Mas durante y después de la revolución los filósofos y abogados de la del poder consolidaron este principio sobre el cual debían fundar su reino futuro.

Y la burguesía lo aceptó como áncora de salvación para oponer un dique al torrente popular; la nobleza se apresó á santificarlo para salvar la barca que naufragaba, y el pueblo lo aceptó como un progreso contra la tiranía y la violencia del pasado.

Es necesario imaginarse con un esfuerzo de la mente el siglo XVII para comprender este fenómeno. Se necesita haber sentido narrar las atrocidades cometidas en aquella época por los nobles omnipotentes contra los hombres y mujeres del pueblo para comprender la influencia mágica de las palabras «igualdad ante la ley, sin distinción de nacimiento y de fortuna», las cuales debían influir en gran manera sobre el espíritu del hombre siervo.

El que hasta entonces había sufrido un tratamiento bestial, que no había tenido nunca ningún derecho ni obtenido nunca justicia contra los actos más reprochables de los nobles, él se veía declarado dentro de este principio, á lo menos en teoría, á lo menos en derecho, en igualdad á su señor. Fuese como fuese esta ley, ella prometía considerar igual al señor y al plebeyo, y proclamaba la igualdad ante la justicia del rico y del pobre.

Este progreso era una mentira, y nosotros lo sabemos, pero en aquella época era un avance, un paso más hacia la verdad.

Y por eso cuando los salvadores de la burguesía amenazada, Robespierre y Danton, basándose en los escritos de los filósofos burgueses Rousseau y Voltaire, proclamaron el respeto á la ley igual para todos, el pueblo, cuyo sentimiento revolucionario empezaba á dejarse sentir sobre su enemigo, aceptó el compromiso. El puso su cuello bajo el yugo de la ley para salvarse de la tiranía del señor.

Luego la burguesía no ha cesado de utilizar esta máxima, la cual resume la filosofía del siglo burgués. Ella la ha profesado en la escuela, ella ha creado su ciencia y su arte con este objetivo, y ella, en fin, la ha puesto por todas partes. Y ha llegado á tanto su intento, que hoy mismo asistimos á este hecho execrable: cuando al rebelarse el espíritu reformista los hombres quieren ser libres, empiezan por pedir á sus tiranos que los protejan mejor, modificando las leyes creadas por los tiranos mismos.

Mas el tiempo y la conciencia de un siglo han cambiado, y por todas partes se encuentran hoy rebeldes que no quieren obedecer las leyes, sin querer saber de donde vienen esas, cual es su utilidad y de donde deriva la obligación de obedecerlas.

La revolución que se prepara es una verdadera «Revolución», porque los rebeldes de nuestros tiempos someten á su crítica la base fundamental de nuestra sociedad y principalmente este fetiche, la Ley.

El indaga su origen y encuentra ahora un Dios, consecuencia del hombre salvaje, ó la conquista con el hierro ó el fuego. El estudia su carácter y encuentra la inmovilidad que sustituye al desenvolvimiento del género humano. Pregunta cómo la ley se sostiene y descubre la atrocidad del bizantinismo, los delitos de la inquisición, las torturas, las celdas de los subterráneos, los sufrimientos, los llantos y las maldiciones. Y aun hoy, siempre el azote, el fusil y la cárcel; de una parte la brutalidad del prisionero reducido al estado de bestia en la jaula, y de otra al juez despojado de todos los sentimientos que forman la parte mejor de la naturaleza humana, el cual vive como un visionario en un mundo de visiones jurídicas y aplica la guillotina con la inconciencia de un pacto moral. Nosotros vemos, en fin, una legión de legisladores que votan hoy por el saneamiento de la ciudad y no tienen la más mínima noción de higiene, que reglamentan mañana el ejército y no han visto nunca un fusil, que legislan sobre enseñanza y no han sabido dar á sus hijos una enseñanza y una educación honesta, que sentencian á diestro y siniestro sin pensar nunca en la pena que caerá sobre el desheredado, la prisión ó la galera que sufrirán hombres mil veces menos inmorales que ellos.

Nosotros vemos, en fin al carcelero y al gendarme que pierden sus sentimientos de hombres, al espía que se precia de ser tal, la delación cambiada en virtud, la corrupción erigida en sistema, y en suma, todos los vicios y todos los males de la naturaleza humana favorecidos y cultivados por el triunfo de la Ley.

Nosotros vemos esto, y, por tanto, en vez de repetir estúpidamente la vieja fórmula «respeto á la ley, obediencia á la autoridad», nosotros gritamos «negación de la ley y de sus atributos!» Que se confronten, mientras tanto, todos los males cometidos en nombre de cualquier ley y los beneficios que haya podido reportar, y se reconocerá la justicia profunda de nuestro grito.

P. KROPOTKINE

(De L'«Université Populaire»)

Prisión del compañero Bueso

A consecuencia del mitin que para protestar de una nueva guerra se celebró en Barcelona, ha sido preso y procesado el compañero Joaquín Bueso.

Como quiera que nosotros asistimos á dicho mitin y no nos pareció delictivo nada de lo por Bueso expuesto en el teatro de la Marina, esperamos verle pronto en libertad.

También ha sido procesado el expresado compañero por el juez de Villafranca, por imputársele otro delito de opinión en un mitin allí celebrado con motivo de la huelga que se viene desarrollando.

De todas veras sentimos el percance, lamentando estas detenciones, que irrogran perjuicios sin cuento, para terminar á última hora en un sobreesfuerzo que no atenua el mal sufrido con estas detenciones preventivas.

CRÓNICAS DE VERANO

II

Por un resquicio abierto en la cárcel del privilegio por uno de aquellos compañeros que saben que la palabra *compañero* significa el que con otro se comparte el pan, he podido salir de mi celda de trabajo y de sufrimiento físico y he podido vivir breves instantes en plena naturaleza, donde he visto y oído cosas tan viejas como el mundo, que en aquel momento, á pesar de mi vejez, me parecían de encantadora novedad.

Altas montañas, profundo valle, frondosa arboleda, plantas aromáticas, brisa refrescante y melodías de alegres avecillas, concertadas con el rumor producido por insectos invisibles y por las bulliciosas aguas de abundante manantial que se deslizan entre riscos y cascadas en espumosa corriente; una inmensidad azul arriba; un fondo verde abajo, matizado por pinceladas de diversa tonalidad, que representan una casa, rural, un grupo de flores silvestres, una sombría hondonada, el enérgico naranjado de la luz solar... todo en perfecta armonía, resplandeciente de belleza, inspirador de justicia, forman cuadro digno de contener al hombre fuerte, bello y justo que resuma en su cerebro tanta grandiosidad y sea capaz de expresarla en poético resumen.

Una comida sabrosa y abundante, alegría entre los comensales, amena conversación, comentarios á las noticias del movimiento de fraternidad internacional que nos suministra la prensa obrera recién recibida... ¡Pero no hay momento de reposo para el luchador!

No lejos de nuestro sitio de plácido recreo se ve humeante chimenea, parte integrante de una fábrica de cartón que cobija una sesentena de obreros que, por dos y media ó tres pesetas diarias, á costa de once horas de durísimo trabajo, producen por accesión frutos industriales y frutos civiles á su burgues, supuesto productor según la expresión consagrada por nuestro trasnochadísimo Código civil.

Aquella vista, las noticias de la vida de aquellos trabajadores suministradas por el compañero conocedor del país y las consideraciones consiguientes, turban mi tranquilidad, reteniendo mi atención en triste positivismo y privándome de volar, en aquel oportunísimo momento á las regiones del ideal, donde únicamente halla consuelo y descanso el indicado á caminar por los ásperos senderos de la explotación.

Los informes que se me suministran sobre aquel centro explotador son deplorables: no quiero detallarlos públicamente; no quiero humillar á los infelices que los sufren, ni censurar á los compañeros de la localidad que, conociéndolos, no promueven entre ellos con vivo empeño el movimiento sindicalista emancipador. ¡Quizá yo en su lugar no hubiera hecho más ni mejor! ¡Acaso la simple indicación hecha tenga suficiente fuerza determinante de futuras energías! ¡Quién sabe si el número de TIERRA y LIBERTAD que inserte la presente crónica figure recogido como respetuoso recuerdo, entre los papeles importantes que descubre la policía y detalla la prensa burguesa cuando se persigue á un obrero que alcanza el honor de ser odiado por la burguesía y de parecer sospechoso á la autoridad!

Volví á la casa de mi compañero, con mi fracasada alegría y mi habitual tristeza, y durante la velada, ante un corto número de compañeros y simpáticos, leí la conferencia presentada la semana anterior en el Centro de Solidaridad Obrera.

Aquel trabajo, recopilación de datos y consideraciones destinado á una aglomeración de obreros militantes, aguerridos luchadores y conscientes afiliados á los distintos bandos que dividen ó multiplican la acción del proletariado, era demasiado fuerte para obreros menos apasionados por no haber entrado aun en lucha abierta y decidida, no por inferiores ni incapaces. De todos modos, no pudiendo hacer acto público por prescripción facultativa, y no teniendo á mano cosa más á propósito, con

mi conferencia salté del paso, dejando el resto de la faena á la conversación particular. De los efectos de ésta y de informes que voy recogiendo nutriré crónicas sucesivas, que acaso amenicen esta publicación y reporten alguna utilidad á esa grandiosa causa que, como resumen de trabajo de microscópico infusorio, agita á las multitudes en Berlín, París, Madrid y Barcelona y en que pensadores salidos del campo, de la mina, del barco, del ferrocarril, del taller y de la fábrica anuncian al mundo burgués el próximo triunfo del trabajo, de la paz y de la fraternidad.

ANSELMO LORENZO

Castellar del Vallés, agosto 11-914.

Para el primer tema del Concurso

El comunismo ócrato es inevitable

Muchos números sería preciso hacer para que en lo reducido de un mal pergeñado artículo periodístico definiera matemáticamente el funcionalismo eficaz y estadístico de una forma económica social hacia la que se camina á pasos agigantados. Sin embargo, sintetizando su moral puede decirse que lo es el *apoyo mútuo*.

Los mal intencionados pretenden que el comunismo lleva en sí la anulación de la individualidad, porque confunden lastimosamente la *personalidad egoísta y absorbente* con la libertad personal. El comunismo es de hecho una forma concreta que ha existido, existe y existirá por ser una ley natural de la cual no se puede evadir la especie humana; ningún ser humano ha existido en completo estado de solitarismo, no siendo en las engañosas y tradicionales leyendas de los bárbaros y de los árabes ateísmicos; luego queda demostrado que para que verdaderamente se note la *idiosincrasia del individuo* es preciso viva en comunidad con sus semejantes.

Y conste que yo no pido á los contrarios ó neutrales *hagan cuanto puedan para colocarse bajo mi punto de vista*; para comprender la tesis de este pequeño trabajo basta con fijarse en la naturaleza humana y buscar la verdad con rectitud de corazón. He dicho y vuelvo á repetir, que el comunismo ha existido, existe y existirá, por la misma razón que ha existido, existe y existirá el progreso dentro de la raza humana que habita nuestro planeta.

He manifestado que el comunismo ha existido, porque la Historia con hechos irrefutables nos lo demuestra con la Bagaudie, con las expediciones marítimas de los piratas normandos, con las comunas de los siglos X, XI, XII (véase «La Bagaudie», «Escuela Moderna», «El Estado: su función histórica» y «Les Temps Nouveaux»), este último del incomparable P. Kropotkine), y con tantísimos otros curiosos acontecimientos históricos dignos de mejor y más detenido estudio que el que aquí, en tan reducido espacio, no es posible hacer.

Que el comunismo existe en estado latente en la actual edad (no colectivismo), demuéstranlo las bibliotecas públicas y museos, y, sobre todo, lo demuestran esos constantes luchadores del mar que, ante el peligro de sus semejantes, no preguntan nunca ni quiénes son ni qué rumbo siguen ni si tienen mucho ó si tienen poco para practicar el *apoyo mútuo*, sacrosanto principio que á todos se impone con imperiosa necesidad, y salvar aquellos naufragos.

Como se ve, el comunismo es un principio más que una teoría; pero como todo se falsea, conviene aclarar que el *comunismo libre* imprescindiblemente lleva aparejado la negación del autoritarismo y del asalaramiento; por eso difiere esencialmente del *colectivismo*, el que resulta implantable en cualquier sociedad dispuesta á hacer la *propiedad común de las materias primas* necesarias en general para toda suerte de producción y del aprovechamiento de sus frutos y riqueza. Más claramente, el comunismo no puede admitir como el colectivismo la bonificación ó recompensa proporcional á las horas y trabajo empleado por cada individuo en la producción de la riqueza, porque al fin y al cabo constituye esto una nueva fase de riqueza, exclusiva é individual de los más sabios ó de los más fuertes. «La posesión en común de los materiales necesarios á la producción, implica el uso en común de esta producción; creemos, pues, que ninguna sociedad podrá organizarse sobre bases justas sino renuncia al salario y asegura á cada uno de sus miembros la participación en el bien común, que todos habrán contribuido á producir.» Este es el verdadero criterio comunista cristalizado por Bakounine, Kropotkine y Reclus y conforme con los más rudimentarios principios que nos ha impuesto la Naturaleza dentro de la razón, la equidad y la justicia.

—¿Qué será el comunismo dentro de una sociedad anárquicamente constituida? — Voy á contestar en tres palabras: fraternidad, libertad y pan para todos los humanos seres.

Las fuerzas del océano, el magnetismo eléctrico, la energía lumínica solar en dó-